

076. ¡Oremos!...

El Catecismo de la Iglesia Católica, siguiendo la tradición cristiana de todos los siglos, trata muy extensamente el punto de la ORACIÓN, como lo más importante de la vida cristiana. Y empieza con un párrafo tan bello, tan profundo, tan consolador, que nos abre desde el principio el corazón a toda esperanza. Teniendo delante la imagen de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob, nos dice con palabras de San Agustín:

“¡Si conocieras el don de Dios! La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él” (2561)

Hay para pasmarse. ¡Dios con sed de nosotros! Y porque tiene sed de nosotros, nos da a nosotros sed de Dios, para que no tengamos más remedio, Dios y nosotros, que encontrarnos

para hablar;

para charlar familiarmente;

para comunicarnos nuestros mutuos sentimientos;

para decirnos Dios que nos quiere, y para decirle nosotros a Dios que le queremos mucho;

para pedirle nosotros cosas a Dios, y para que Dios nos pida también cosas a nosotros;

para desahogarnos nosotros con Dios, y para oír también nosotros las quejas amables de Dios, que nos dice con Jeremías: *“Me han dejado a mí, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas”*.

El gran Catecismo arranca, pues, de esta afirmación: Dios nos da la gracia de la oración, porque nos quiere Él a nosotros, y para que nosotros le queramos más a Él.

De este modo, la oración va a ser el momento privilegiado del encuentro entre Dios y nosotros, el clima en que se va a desarrollar y acrecentar nuestro mutuo amor. Como dos amantes. Así, podemos decir desde el principio que la oración será la medida de nuestro amor: a más oración, más amor; y a más amor, también más oración, porque no podremos vivir, ni nosotros sin Dios ni Dios sin nosotros.

Repetimos, para pasmarse, vaya...

No es de extrañar, entonces, que todos los Santos, sin excepción, se hayan dado a la oración como a la tarea y ocupación primera de su vida. Con gusto o sin gusto, porque la oración es cosa de fe. Así lo reconocía aquel santo y valiente Capellán militar:

- Mi alma tiene hambre de oración, no porque encuentre mucha dulzura en ella, sino porque encuentro fortaleza y mucha luz (P. William. Doyle S.J.)

San Agustín tiene estas palabras, tan repetidas: *-¿Qué cosa más excelente que la oración? ¿Qué cosa más útil y provechosa? ¿Qué cosa más dulce y suave? ¿Qué cosa más alta y levantada en toda nuestra religión cristiana?...*

Contardo Ferrini, brillante Profesor de Derecho en varias Universidades, un Santo de chaqueta y corbata, hubo de escuchar: *-¿No oyes cómo te critican y los chismes que corren de ti porque rezas tanto?*

Pero él, en propia defensa y como un testimonio, escribía:

*A quien me acuse de espíritu tímido y cobarde, le diré que sólo en la oración alcanzo fuerza y dignidad. Si tengo algo de carácter —y tengo más carácter—, ciertamente, que todos los descreídos liberales pasados, presentes y futuros—, se lo debo a la oración. Si mis estudios producen algo, lo debo a las bendiciones de la oración. Y a quien me acuse de desperdiciar el tiempo, le diría que por la eficacia consoladora de la oración, yo no pierdo el tiempo en los teatros, en los cafés, en las mil inutilidades de una vida disipada. Es la oración la que me hace amar el silencio, el recogimiento, la soledad, el trabajo.

Es el mismo Beato Contardo Ferrini (Mensaje 532), que decía: *-Yo no concibo un despertar por la mañana sin descubrir la sonrisa de Dios, ni un reclinar la cabeza por la noche en otro lugar que en el Corazón de Cristo.*

Por eso, la oración es lo último que pierde en la vida una persona de fe. Mejor dicho, la oración no la pierde nunca. Porque nadie nos puede arrebatar a Dios, y, por lo mismo, ninguno tampoco nos puede privar de la comunicación con el Dios que es nuestra fuerza.

A la joven y encantadora reina de Hungría, Santa Isabel, le quitan todo: el castillo, los bienes, hasta los niños, y ha de vivir mendigando. Sin embargo, no le han podido arrebatar la paz, y exclama:

- *¡Me han quitado todo, pero aún puedo rezar a Dios!* (Mensaje nº. 369)

El secreto de la oración es la fe. Cuando se tiene conciencia de que Dios está a nuestro lado, de que estamos en su presencia y de que nos ama, entonces sale espontáneo el grito del alma para dirigirse a Dios.

El más alejado de Dios lo hace para agarrarse a la tabla de salvación. Sabe que Dios está atento a una mirada de fe, a un angustiado “¡sálvame!”, y Dios se rinde misericordioso.

El más cercano a Dios lo hace por lo mismo, porque quiere salvarse, y se siente pobre; pero lo hace también como un desahogo afectivo con Aquel a quien ama con todo el corazón.

La oración, es la llamada de Dios que nos dice: *¿Por qué no hablamos un ratito?... Y es la llamada nuestra a Dios, que le decimos: ¿Verdad, mi Dios, que me quieres escuchar?...*